

El cambio climático y el chocolate del loro⁽¹⁾

Amparo Vilches, Daniel Gil-Pérez

Universitat de València

(1) Este artículo recibió el Primer Premio de artículos de divulgación en el Concurso Cambio Climático: Ideas y miradas desde Iberoamérica organizado por la OEI (Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura). Ver <http://www.oei.es/ideasy miradas/>.

Para hacer frente a las dificultades presupuestarias de una familia, resulta obviamente ridículo pensar en suprimir el chocolate del loro en una larga lista de gastos elevados; lo que hay que hacer es buscar las auténticas causas del déficit y no distraerse ni engañarse con naderías.

Por esa razón, muchos ciudadanos y ciudadanas ríen o se indignan cuando escuchan o leen las peticiones de que colaboremos en mitigar el cambio climático con acciones como, por ejemplo, rebajar la temperatura de la calefacción. Es indudable, pensamos, que los problemas de degradación del medio o agotamiento de recursos son debidos fundamentalmente a las grandes industrias; lo que cada uno de nosotros puede hacer al respecto es, comparativamente, insignificante, ¿no es cierto? Y añadimos: ¡el chocolate del loro!

¿Es así realmente? Intentaremos mostrar, muy al contrario, que nuestras acciones son determinantes y que *nada es posible sin la participación ciudadana*.

Resulta fácil constatar, para empezar, con cálculos bien sencillos, que, si bien las pequeñas reducciones de consumo energético de cada cual logradas, por poner un ejemplo, con la sustitución de bombillas incandescentes por otras de bajo consumo, suponen un ahorro per cápita pequeño, al multiplicarlo por los millones de personas que en el mundo pueden realizar dicho ahorro, este llega a representar cantidades ingentes de energía, con su consiguiente reducción de la contaminación ambiental. Hay que insistir, por tanto, en que no es cierto que nuestras acciones sean insignificantes e irrelevantes. Pero ello exige comprender que una pregunta como “¿Qué puedo hacer yo para evitar el cambio climático?” debe formularse de otra manera: “¿*Qué puedo hacer yo, junto a los demás, para contribuir a evitar el cambio climático?*” (o, más en general, para hacer frente al conjunto de problemas estrechamente vinculados que caracterizan la actual situación de emergencia planetaria).

Es preciso insistir, por otra parte, en que las acciones en las que podemos implicarnos no tienen por qué limitarse al ámbito “privado”: han de extenderse al campo profesional y al socio-político, lo cual, a su vez, exige romper con el descrédito de “lo político”, actitud que promueven quienes desean hacer su política sin intervención ni control de la ciudadanía. Resulta muy esclarecedor, a este respecto, referirse al papel de la ciudadanía en la resolución de un problema tan grave como el planteado por el uso del DDT y otros COP (contaminantes orgánicos permanentes).

El envenenamiento del planeta por los productos químicos de síntesis, y en particular por el DDT, fue denunciado a finales de los años 50 por Rachel Carson (1980) en su libro *Primavera silenciosa* (título que hace referencia a la desaparición de los pájaros) en el que daba abundantes y contrastadas pruebas de los efectos nocivos del DDT... lo que no impidió que fuera violentamente criticada y sufriera un acoso muy duro por parte de la industria química, los políticos *e incluso científicos*, que negaron valor a sus pruebas y le acusaron de estar contra un progreso que permitía dar de comer a una población creciente y salvar así muchas vidas humanas. Sin embargo, apenas 10 años más tarde se reconoció que el DDT era realmente un

peligroso veneno y se prohibió su utilización en el mundo rico, aunque, desgraciadamente, se siguió utilizando durante bastante tiempo en los países en desarrollo.

Lo que nos interesa destacar aquí es que la batalla contra el DDT fue dada por científicos como Rachel Carson *en confluencia con grupos ciudadanos* que fueron sensibles a sus llamadas de atención y argumentos. De hecho Rachel Carson es hoy recordada como “madre del movimiento ecologista”, por la enorme influencia que tuvo su libro en el surgimiento de grupos activistas que reivindicaban la necesidad de la protección del medio ambiente. Sin la acción de estos grupos de ciudadanos y ciudadanas con capacidad para comprender los argumentos de Carson *y con la voluntad de intervenir políticamente*, la prohibición se hubiera producido mucho más tarde, con efectos aún más devastadores. Conviene llamar la atención sobre la influencia de estos “activistas ilustrados” y su indudable participación en la toma de decisiones, al hacer suyos los argumentos de la comunidad científica y exigir controles rigurosos de los efectos del DDT, que acabaron convenciendo a los responsables políticos y a los legisladores, obligando a su prohibición.

Podemos mencionar muchos otros ejemplos similares, como, entre otros, el que planteó el uso de los “freones” (compuestos clorofluorcarbonados), destructores de la capa de ozono: su prohibición fue el fruto de las investigaciones de científicos como Molina, Rowland o Crutzen, que fueron acusados de catastrofistas pero acabaron recibiendo el Premio Nobel, y de la acción ciudadana, que actuó como amplificadora de esas investigaciones hasta lograr la atención de los responsables políticos. Una situación muy similar es la que se da hoy frente al problema del incremento del efecto invernadero, que amenaza con un cambio climático global de consecuencias devastadoras. La acción ciudadana resulta imprescindible para forzar la adopción de las medidas que la comunidad científica ha fundamentado.

En definitiva, lo que cada ciudadano o ciudadana puede hacer, o dejar de hacer, junto a los demás, no es “el chocolate del loro”, sino un requisito imprescindible para que problemas como el cambio climático encuentren solución.

Resulta fundamental, pues, reflexionar colectivamente *y adoptar compromisos realistas* acerca de lo mucho que cada cual puede hacer, junto a otros, en los distintos ámbitos: consumo, actividad profesional y acción ciudadana:

Reducir el uso de recursos (el consumo de agua en la higiene, riego, piscinas...; la energía en iluminación, calefacción, refrigeración, transporte; el uso de papel...). Practicar, en suma, un consumo responsable.

Reutilizar todo lo que se pueda (el papel, imprimiendo, por ejemplo, por doble cara; el agua, recogiendo la de lavar las frutas y verduras para regar las plantas...) no aceptando objetos de usar y tirar como envoltorios y bolsas de plástico.

Reciclar, separando los residuos para su recogida selectiva y llevando a “puntos limpios” lo que no puede ir a los depósitos ordinarios.

Utilizar tecnologías respetuosas con el medio y las personas: elegir electrodomésticos eficientes, de bajo consumo y poca contaminación; usar pilas recargables; optar por las energías renovables...

Participar en acciones políticas para la sostenibilidad: Respetar y hacer respetar la legislación de protección del medio y de defensa de la biodiversidad; oponerse a las políticas de crecimiento continuado, fruto de intereses a corto plazo e incompatibles con la sostenibilidad; promover el comercio justo, rechazando productos fruto de prácticas depredadoras; trabajar para que gobiernos y partidos políticos asuman la defensa de la sostenibilidad...

No lo olvidemos: *mitigar el cambio climático y sentar las bases de un futuro sostenible está en nuestras manos*.